

LIBRO LXV.

El cónsul Q. Cecilio Metelo derrota á Yugurta en dos combates y devasta toda la Numidia. El cónsul M. Junio Silano queda vencido en un combate con los cimbrios. Sus legados vienen á pedir tregua y tierras donde puedan establecerse; el Senado se las niega. El procónsul M. Minucio consigue una victoria sobre los tracios. El cónsul L. Cassio queda destrozado con su ejército en las fronteras de los alobroges por los galos tigurinos, pueblo helvético que se había separado del cuerpo de la nación. Los soldados que escaparon del desastre entran en arreglo con el enemigo y consiguen la vida, entregando rehenes y la mitad de cuanto poseen.

LIBRO LXVI.

El cónsul C. Mario arroja á Yugurta de la Numidia, socorriendo á éste Boccus, rey de los moros. Las tropas de este rey quedan destrozadas á su vez. Renunciando entonces á continuar una guerra comenzada bajo tan malos auspicios, manda cargar de cadenas á Yugurta y lo entrega á Mario. Este resultado se debe primeramente á la habilidad de L. Cornelio Sila, cuestor de Mario.

LIBRO LXVII.

M. Aurelio Scauro, legado del cónsul, queda derrotado por los cimbrios y cae en su poder. Llamado por ellos á consejo, se esfuerza en disuadirles de su proyecto de pasar los Alpes y penetrar en Italia, diciéndoles que los romanos no pueden ser vencidos. Mátales el rey Boissix, joyen arrogante y orgulloso. Los mismos enemigos vencen cerca de Orange al cónsul Cn. Manlio y al procónsul Q. Servilio Cepión, y se apoderan de sus campamentos. En la derrota perecen ochenta mil soldados y

cuarenta mil siervos del ejército. Es condenado Cepión por haber sido causa de la derrota por su temeridad, y se pronuncia contra él, por primera vez después de la ley Tarquinia, la pena de confiscación de bienes, siendo depuesto del mando. Triunfo de Mario. Yugurta marcha con sus dos hijos delante del carro del triunfador, siendo muerto en seguida en la prisión. Mario entra en el Senado con el traje triunfal; lo que nadie había hecho hasta entonces. Los temores que inspiraba la guerra cimbria hacen que se le matenga por muchos años en el consulado. Eligesele por segunda y tercera vez á pesar de su ausencia. Trabaja en secreto por el cuarto consulado y lo obtiene. Por votación del pueblo queda nombrado pontífice máximo Cn. Domicio. Los cimbrios devastan todo el país que se extiende entre el Ródano y los Pirineos; penetran en España por un desfiladero, y realizan grandes estragos. Derrotados por los celtiberos, regresan á la Galia y se reúnen con otro pueblo belicoso, los teutones.

LIBRO LXVIII.

El pretor M. Anternio persigue á los piratas hasta en Cilicia. El cónsul C. Mario se defiende en su campamento sitiado vigorosamente por los teutones y ambrosios. En seguida gana sobre ellos dos grandes batallas en las cercanías de *Aqua Sextia*, quedando muertos doscientos mil enemigos y prisioneros noventa mil. A pesar de su ausencia, se nombra cónsul á Mario por quinta vez. Se le ofrece el triunfo y lo rehusa hasta que haya vencido á los cimbrios. Los cimbrios derrotan al procónsul Q. Cátulo, que guardaba los desfiladeros de los Alpes, y se retira sobre el Adige, atrincherándose en un castillo. Los cimbrios le obligan á abandonar también aquella posición. Después de abrirse de esta manera paso con su valor, penetran en Italia persiguiendo al cónsul y su ejército. Pero Cátulo y C. Mario consiguen reunirse; libran batalla y la ganan. Quedan en el campo, según se dice, ciento cuarenta mil enemigos y caen prisioneros sesenta mil. La ciudad recibe con grandes aplausos á Mario y se le ofrecen dos triunfos, pero

se contenta con uno solo. Los nobles, que al principio no pudieron ver sin desagrado á un hombre nuevo elevado á tan altos honores, confiesan que ha salvado la república. Publio Maleolo, asesino de su madre, es cosido en un saco y arrojado al mar. Este es el primer ejemplo de este género de suplicio. Antes de terminar la guerra cimbrina, dicese que los ancilos se agitan mucho. Este libro contiene además el relato de las guerras que estallaron entre los reyes de Siria.

LIBRO LXIX.

L. Apuleyo Saturnino, apoyado en la influencia de C. Mario, hace matar por medio de soldados á su competidor A. Nonio, y de esta manera se hace elegir tribuno del pueblo, ejerciendo el tribunado, como lo había conseguido, con violencia. Después de haber hecho aprobar por los mismos medios una ley agraria, demanda á Metelo Numídico que se negaba á jurar obediencia á esta ley. Viendo éste á todos los buenos ciudadanos dispuestos á defenderle, se destierra voluntariamente por no ser causa de una guerra civil. Retírase á Rodas y allí se consuela con el estudio y conversación de los grandes hombres. Después de su marcha, C. Mario, autor de la sedición y que había comprado el sexto consulado, distribuyendo dinero en las tribus, le hace prohibir el agua y el fuego. El mismo Apuleyo Saturnino, tribuno del pueblo, mata á C. Memmio, candidato al consulado, temiendo su oposición á sus proyectos contra los patricios. Estas violencias sublevan al fin al Senado; C. Mario, hombre de carácter variable y que giraba á merced de los acontecimientos, se decide por la causa de este orden, cuando ve que le es imposible salvar á Saturnino; ármanse contra éste; queda vencido y perece á consecuencia de una como guerra civil, con el pretor Glaucia y los demás cómplices de sus furiosos. Q. Cecilio Metelo regresa del destierro, produciendo en toda la ciudad grandes demostraciones de regocijo. El procónsul Manio Aquilio termina en Sicilia una guerra de esclavos.

LIBRO LXX.

Acusado de concusión Manio Aquilio, se niega á rogar el mismo á sus jueces. M. Antonio, encargado de defenderle, rasga la túnica de su cliente para mostrar las honrosas cicatrices de que está cubierto su pecho. Esto le hace absolver sin vacilación; este hecho se apoya solamente en el testimonio de Cicerón. El procónsul T. Didio obtiene algunas ventajas sobre los celtiberos. Ptolomeo, denominado Apión, rey de Cyrene, instituye por heredero, al morir, al pueblo romano; el Senado concede la libertad á las ciudades que formaban parte de su reino. L. Cornelio Sila restablece á Ariobarzanes en el trono de la Capadocia. Legados parthos, enviados por su rey Arsaces, vienen en busca de Sila para pedir la amistad del pueblo romano. Habiéndose atraído P. Rutilo el enojo del orden ecuestre, en el que residía el poder judicial, porque se había opuesto en Asia á la injusticia de los publicanos, siendo legado del procónsul Q. Mucio, es condenado como culpable de concusión, á pesar de su extraordinaria probidad, y desterrado. El pretor C. Sencio no es afortunado en su expedición contra los tracios. Cansado el Senado de los excesos á que se entregaban los caballeros en el ejercicio del poder judicial, comienza á hacer esfuerzos para que se le entregue este poder. El tribuno del pueblo M. Livio Druso apoya los designios del Senado. Para aumentar su poder emplea un medio peligroso, excitando al pueblo con la esperanza de regalos. En este libro se habla además de las guerras de los reyes de Siria.

LIBRO LXXI.

El tribuno del pueblo M. Livio Druso, con objeto de adquirir mayores fuerzas para defender la causa del Senado, de que se había encargado, gana con el aliciente del derecho de ciudadanía los aliados y pueblos de Italia. Con su apoyo hace aprobar con violencia leyes para la distribución de tierras y trigo. En seguida hace

votar otra acerca de la administración de justicia. En virtud de esta ley, el poder judicial «debe pertenecer por iguales partes al Senado y al orden ecuestre.» Druso no puede cumplir la promesa que había hecho á los italianos de hacerles conseguir el derecho de ciudadanía, é irritados éstos, meditan una defección. Reuniones celebradas por los italianos; ligas formadas por estos pueblos; discursos de los jefes en las asambleas. Estos acontecimientos hacen que Druso venga á ser odioso hasta al Senado, que le considera como causa de la guerra social. Mántanle en su casa sin saberse quién.

LIBRO LXXII.

Defección de los pueblos de Italia; los picencios comienzan la guerra; imitanles los vestinos, los marsos, los pelignos, los marrucinos, los samnitas y los lucanos. Asesinan al procónsul Q. Servilio en Asculum, con todos los ciudadanos romanos que se encuentran en aquella plaza. Servio Galba cae en poder de los lucanos, debiendo la libertad á la abnegación de una mujer en cuya casa se alojaba. Los italianos sitian las colonias de Alba y Esernia. Socorros enviados al pueblo romano por los aliados del nombre latino y pueblos extranjeros. Operaciones militares de los dos partidos; ciudades tomadas por unos y otros.

LIBRO LXXIII.

El cónsul L. Julio César traba con los samnitas un combate cuyo resultado no es feliz. La colonia de Nola cae en poder de los samnitas, con el pretor L. Postumio, á quien matan. Numerosos pueblos se unen á los enemigos. Los marsos derrotan al cónsul P. Rutilio, que perece en el combate, pero en otra batalla su legado C. Mario repara el descalabro. Servio Sulpicio deshace á los pelignos. Q. Cepión, legado de Rutilio, sitiado por el enemigo, hace una salida afortunada. Con este triun-

fo consigue poder igual al de C. Mario; pero haciéndose temerario, cae en un lazo que le tienden; queda deshecho su ejército y perece. El cónsul L. Julio César gana una batalla contra los samnitas. A causa de esta victoria, el pueblo deja el *Sagum*, pero como si quisiera la fortuna que se equilibrasen los triunfos en esta guerra, la colonia de Esernia cae con M. Marcelo en poder de los samnitas. C. Mario deshace á los marsos; Herio Asinio, pretor de los marrucinos, perece en el combate. C. Cecilio vence en la Galia transalpina á los saluvianos sublevados.

LIBRO LXXIV.

Cn. Pompeyo derrota á los picentinos y los mantiene sitiados. A causa de esta victoria, toman en Roma la pretexto y demás insignias de las magistraturas. C. Mario libra un combate á los marsos, cuyo resultado es dudoso. Primer ejemplo de alistamiento de libertos. El legado A. Plocio deshace á los ombrianos, y el pretor L. Porcio á los marsos; estos dos pueblos se habían sublevado. Nicomedes, rey de Bithinia, y Ariobarzanes, rey de Capadocia, quedan restablecidos en sus tronos. El cónsul Cn. Pompeyo vence á los marsos en batalla campal. Encontrándose abrumada la ciudad por las deudas, los usureros matan en el Foro al pretor A. Sempronio Uselio, que sentenciaba en favor de los deudores. Este libro contenía además el relato de las incursiones y estragos de los tracios en la Macedonia.

LIBRO LXXV.

Su ejército mata al legado A. Postumio Albino, á quien la voz pública acusaba de traición. El legado L. Cornelio Sila gana una batalla á los samnitas y les toma dos campamentos. Cn. Pompeyo recibe la sumisión de los vestinos. Triunfos del cónsul L. Porcio; derrotada á los marsos en muchos combates y muere en el

instante en que se apodera del campamento. En aquel combate, su muerte da la victoria al enemigo. Cosconio y Luceyo derrotan á los samnitas en batalla campal; muerte de Mario Equecio, su general más famoso; ríndense muchas ciudades suyas. L. Sila consigue dominar á los hirpinos; vence repetidas veces á los samnitas y recibe la sumisión de muchos pueblos. Después de ilustrarse con hazañas que anteriormente pocos generales habían igualado antes de su consulado, marcha á Roma para solicitar esta magistratura.

LIBRO LXXVI.

El legado A. Gabinio consigue triunfos sobre los lucanos; les toma muchas ciudades y perece sitiando su campamento. El legado Sulpicio deshace á los marrucinos y recobra todo aquel país. El procónsul Cn. Pompeyo recibe la sumisión de los vestinos y pelignos. Los legados L. Murena y Cecilio Pinna derrotan en muchos combates á los marsos, que piden la paz. El legado Mam. Emilio destroza á los italianos. En el combate perece Silo Pompeio, instigador de esta guerra. Mitridates, rey del Ponto, arroja de sus estados á Ariobarzanes, rey de Capadocia, y á Nicomedes, rey de Bithinia, Incursiones y estragos de los tracios en Macedonia.

LIBRO LXXVII.

Por instigaciones de C. Mario, el tribuno del pueblo P. Sulpicio hace aprobar muchas leyes perniciosas, que disponian la repatriación de los desterrados, la inscripción en las tribus de nuevos ciudadanos y libertos y el nombramiento de C. Mario para el mando de la guerra contra Mitridates. En su oposición á los cónsules Q. Pompeyo y L. Sila, ejerce violencias y hace matar á Q. Pompeyo, hijo del cónsul y yerno de Sila. El cónsul L. Sila viene á Roma con su ejército, y dentro de la ciudad libra un combate al partido de Sulpicio y de Mario, con-

siguiendo expulsarlo. El Senado declara enemigos públicos á doce hombres de este partido, entre ellos á C. Mario y su hijo. Un esclavo denuncia, á P. Sulpicio, que estaba oculto en una casa de campo, y le dan muerte. Manumítense al esclavo para cumplir la promesa hecha al denunciador; pero le precipitan por la roca Tarpeya por haber hecho traición á su amo. C. Mario, el hijo, pasa al Africa. C. Mario, el padre, se oculta en las lagunas de Minturno, de donde le sacan los habitantes de esta ciudad: un esclavo, galo de nación, enviado para matarle, retrocede impresionado por la majestad de aquel grande hombre. Embárcase C. Mario á expensas de la ciudad y le trasladan al Africa. L. Sila restablece el orden en el estado y funda colonias. El cónsul Q. Pompeyo marcha á tomar el mando del ejército del procónsul Cn. Pompeyo. Mátanle por instigación de éste. Mitridates, rey del Ponto, se apodera de la Capadocia y la Bithinia, penetrando con numeroso ejército en la provincia romana de Frigia, de la que arroja al legado Aquilio.

LIBRO LXXVIII.

Mitridates se apodera de toda el Asia: hace prisionero al procónsul Q. Oppio y al legado Aquilio. Por orden suya son muertos en el mismo día todos los ciudadanos romanos que se encuentran en Asia. Pone sitio á la ciudad de Rodas, que era la única que había permanecido fiel; pero resulta vencido en algunos combates navales y se retira. Su legado Arquelao pasa á Grecia con un ejército y se apodera de Atenas. Apresuramiento de las ciudades é islas para declararse, unas por Mitridates y otras por el pueblo romano.

LIBRO LXXIX.

L. Cornelio Cinna presenta leyes perniciosas y se esfuerza en hacerlas aprobar por la violencia y las armas.

Su colega Cn. Octavio le arroja de la ciudad con seis tribunos del pueblo; retiranle su autoridad, pero gana el ejército de Ap. Claudio, se hace dueño de él y avanza contra Roma después de hacer venir de Africa á C. Mario y los otros desterrados. En esta guerra, dos hermanos, el uno en el ejército de Pompeyo y el otro en el de Cinna, combaten uno contra otro sin saberlo. El vencedor, al despojar al enemigo que acaba de matar, reconoce á su hermano; prorrumpe en sollozos, le forma una pira, se mata sobre ella y las mismas llamas le consumen. Cinna pudo ser derrotado desde el principio; pero la traición de Cn. Pompeyo, que favorece á la vez á los dos partidos, le da fuerzas. Este general no acude en socorro de los grandes hasta que sus negocios están desesperados. Su lentitud da tiempo á Cinna y á Mario para rodear la ciudad con cuatro ejércitos, mandando dos de éstos Q. Sertorio y Carbón. Mario se apodera de la colonia de Ostia y la saquea cruelmente.

LIBRO LXXX.

El Senado concede á los italianos el derecho de ciudadanía. Los samnitas, que son los únicos que continúan las hostilidades, se reúnen á Cinna y Mario, derrotando á Plaucio con su ejército. Cinna y Mario, reunidos con Carbón y Sertorio, se apoderan del Janículo. El cónsul Octavio les rechaza. Mario devasta las colonias de Anzio, Aricia y Lanuvio. Desesperando al fin de resistir más, paralizados por la inercia y traición de los jefes y de los soldados que rehusan combatir ó pasan al enemigo, los nobles abren las puertas de Roma á Cinna y Mario. Los vencedores la tratan como ciudad conquistada, la entregan al asesinato y al saqueo, matan al cónsul M. Octavio y á todos los nobles del partido contrario. Entre las víctimas se encuentra M. Antonio, orador elocuente, Lucio y Cayo César, cuyas cabezas quedan expuestas en los Rostros. Crasso, el hijo, cae bajo los golpes de los caballeros de Fimbria. Crasso, el padre, para escapar á un tratamiento indigno de su virtud, se traspasa con la espada. Sin convocar los comicios Cinna y Mario se declaran cónsules para el año si-

guiente; y el mismo día en que entran en funciones, Mario hace precipitar por la roca Tarpeya al senador Licinio. Al fin, manchado con todos los crímenes, muere en los idus de Enero. Si se comparan las virtudes y vicios de este hombre, será difícil decir si hizo más bien á su patria como soldado, que daño como ciudadano; porque si como general salvó la república, como ciudadano causó su ruina, primeramente con toda clase de intrigas y después con la guerra civil.

LIBRO LXXXI.

Sila pone sitio á Atenas, en la que se había encerrado Arquelaos, general de Mitrídates, y se apodera de ella después de grandes esfuerzos. Devuelve la libertad á la ciudad y el goce de sus bienes á los habitantes. Magnesia, la única ciudad del Asia que permanece fiel á los romanos, opone á Mitrídates valerosa resistencia. IncurSIONES de los tracios en Macedonia.

LIBRO LXXXII.

Las tropas de Mitrídates, después de someter la Macedonia, habían entrado en la Tesalia. Sila consigue sobre ellas una victoria, mata cien mil hombres y se apodera del campamento. Muy pronto comienza de nuevo la guerra, y el ejército del rey queda derrotado por segunda vez. Arquelaos se entrega á Sila con la flota del rey. A pesar de esto, envían al cónsul L. Valerio Flaco, colega de Cinna, para que reemplace á Sila; pero habiéndose hecho odioso por su avaricia al ejército, lo asesina su legado C. Fimbria, hombre excesivamente emprendedor, que se apodera del mando. Mitrídates se hace dueño de muchas ciudades del Asia y saquea cruelmente esta provincia. Los tracios hacen una incursión en Macedonia.

LIBRO LXXXIII.

C. Fimbria entra en Asia y consigue ventajas sobre algunos capitanes de Mitrídates, toma la ciudad de Pérgamo, sitia al rey y falta poco para que se apodere de su persona. Toma y destruye la ciudad de Ilión, que esperaba á Sila para reconocer su autoridad, y somete considerable parte del Asia. Sila destroza á los tracios en diferentes combates. L. Cinna y Cn. Papirio Carbón, después de haberse nombrado por sí mismos cónsules durante dos años, hacen contra él preparativos de guerra. Pero L. Valerio Flaco, príncipe del Senado, dirige una oración á los senadores, y con auxilio de todos los que deseaban la tranquilidad pública, consigue que se envíen legados á Sila para tratar con él de la paz. Sus mismas tropas matan á Cinna, cuando las embarcaban contra su gusto para oponerlas á Sila. Carbón queda solo encargado del consulado. Habiendo pasado Sila á Asia, ajusta la paz con Mitrídates, á condición de que éste evacuará las provincias del Asia, Bithinia y Capadocia. Fimbria, abandonado por sus tropas, que habían pasado á Sila, se ve reducido á darse la muerte, presenta la cabeza á su esclavo y le manda matarle.

LIBRO LXXXIV.

Sila contesta á los legados que le envían, que reconocerá la autoridad del Senado á condición de que se llame á los ciudadanos que, desterrados por Cinna, se han refugiado á su lado. El Senado cree que se debe aceptar la condición, pero Carbón y su bando, que esperan más ventajas de la guerra, se oponen á todo acuerdo. El mismo Carbón, queriendo obtener rehenes de todas las ciudades y colonias de Italia, para asegurarse de sus disposiciones contra Sila, el Senado se opone unánimemente á esta medida. Un senatus-consulto concede el derecho de sufragio á nuevos ciudadanos. Q. Metelo Pío, partidario de la aristocracia, habiendo tomado las armas en Africa, es derrotado por el pretor C. Fabio, y

una orden del Senado, conseguida por el partido de Carbón y de Mario, dispone el licenciamiento general de las tropas. Distribución de los libertos en las treinta y cinco tribus. Preparativos de guerra contra Sila.

LIBRO LXXXV.

Sila pasa á Italia con su ejército. Los legados que envía para tratar de la paz reciben insultos del cónsul C. Norbano, al que hace sufrir una derrota. Después de intentar inútilmente muchos esfuerzos con el otro cónsul L. Escipión para ajustar con él un tratado de paz, se dispone para atacar su campamento, cuando el ejército del cónsul, ganado por los emisarios de Sila, se pasa entero á su partido. Pudiendo quitar la vida á Escipión, le devuelve la libertad. Cn. Pompeyo, hijo de aquel Cneo que tomó Aúsculo, levanta un cuerpo de voluntarios y lleva tres legiones á Sila. Muy pronto se reúne la nobleza en masa con este general. Abandónase la ciudad para acudir á su campamento. La Italia entera es teatro de expediciones de uno y otro bando.

LIBRO LXXXVI.

C. Mario, el hijo, se hace dar por violencia el consulado antes de los veinte años, según otros antes de los veintisiete. Habiéndose hecho odioso en Africa C. Fabio por su avaricia y crueldad, lo queman vivo en su pretorio. L. Filipo, legado de Sila, se apodera de Cerdeña después de la derrota y muerte del pretor Q. Antonio. Sila, para quitar á los italianos el temor de que viene á privarles de los derechos de ciudadanía y de sufragio, que recientemente habían conquistado, ajusta con ellos un tratado. De tal manera confía en la victoria, que despidе á los litigantes que se le presentan pidiendo aplazamiento para comparecer en Roma, de la que todavía eran dueños sus enemigos. Por orden de C. Mario, el pretor L. Damasippo convoca al Senado y mata

á todos los nobles que permanecían aún en la ciudad. Entre estos desgraciados se encontraba el pontífice máximo Q. Mucio Scévola, que al huir es inmolado en el vestibulo del templo de Vesta. En Asia comienza de nuevo la guerra entre L. Murena y Mitridates.

LIBRO LXXXVII.

Sila consigue en Sacriporto sangrienta victoria sobre el ejército de Mario y le sitia en Prenesto. Recobra á Roma de sus enemigos. Mario intenta una salida y le rechazan. Los legados de Sila combaten por todas partes con igual éxito.

LIBRO LXXXVIII.

Sila marcha contra Carbón, derrota su ejército cerca de Clusio, le destroza cerca de Fidencia y le obliga á salir de Italia. De todos los italianos, los samnitas eran los únicos que no habían depuesto todavía las armas; cerca de la puerta Colina, bajo las murallas de Roma, los deshace. Sila, dueño de la república, mancha la victoria más hermosa con los excesos de inaudita crueldad. Mata en una finca perteneciente al Estado ocho mil ciudadanos que se habían sometido; publica listas de proscripción é inunda de sangre Roma y toda la Italia. Hace degollar á todos los prenestinos desarmados; condena á muerte al senador Mario, después de hacerle romper los miembros, cortar las orejas y sacar los ojos. Sitiado en Prenesto C. Mario por Lucrecio Ofela, partidario de Sila, habiendo tratado de escapar por una mina y encontrando todas las salidas ocupadas por el enemigo, se mata. Encontrábase en la mina con Poncio Telecino que le acompañaba en la fuga, y viendo imposible la salvación, los dos sacaron las espadas y se lanzaron uno contra otro: Poncio quedó muerto, y Mario herido, mandó á su esclavo que lo rematase.

LIBRO LXXXIX.

Por orden de Cn. Papirio Carbón, que había arribado á Cossura, M. Bruto marcha á Lilibea en una barca de pescador, para informarse de si Pompeyo se encuentra en Sicilia. Envuelto por las naves que había enviado Pompeyo, se da la muerte apoyando el pomo de la espada contra el banco de los remeros y arrojándose sobre la punta con todo el peso del cuerpo. Pompeyo, enviado por el Senado á Sicilia con un mando, hace prender y dar muerte á Cn. Carbón, quien en sus últimos momentos llora y tiembla como una mujer. Sila, nombrado dictador, se hace preceder de veinticuatro lictores, lo que ningún magistrado había hecho antes. Con el establecimiento de leyes nuevas, robustece la república, debilita el tribunado y le quita toda su fuerza legislativa. Eleva á quince el número del colegio de sacerdotes y de augures; provee las vacantes del Senado haciendo entrar caballeros; priva á los hijos de los proscritos del derecho de aspirar á los honores, vende sus bienes y se enriquece con sus despojos. Estas ventas producen trescientos cincuenta millones de sextercios. Habiendo osado contra su voluntad presentarse candidato al consulado Q. Lucrecio Ofela, hace que le maten en medio del Foro. El pueblo se conmueve, pero el dictador convoca la asamblea y declara que aquel homicidio se ha realizado por orden suya. Pompeyo pasa al Africa, donde el proscrito Cn. Domicio y el rey de los nómidas Hiarbas habían tomado las armas. Derrótales y les mata; así, pues, á la edad de veinticuatro años, no siendo todavía más que caballero romano, triunfa del Africa, honor desconocido hasta entonces. El proscrito C. Norbano, que había sido cónsul, viéndose detenido en Rodas, se da la muerte. Otro proscrito, llamado Mutilo, se presenta secretamente con la cabeza cubierta, detrás de la morada de su esposa, llamada Bastia, quien le rechaza diciendo que Mutilo está proscrito. Entonces el desgraciado se mata regando con su sangre la puerta de la casa de su esposa. Sila toma á los samnitas la ciudad de Nola; lleva cuarenta y siete legiones á las tierras confiscadas y se las reparte. La ciudad de Volaterra, que se defiende aún, queda sitiada y se rinde

á discreción. Por otro lado Mitilena, la única ciudad del Asia que después de la derrota de Mitrídates no había depuesto las armas, cae y queda destruida.

LIBRO XC.

Muerte de Sila. Para honrar su memoria, el Senado le hace enterrar en el Campo de Marte. Queriendo M. Emilio Lépidio abolir las leyes de Sila, enciende la guerra. Su colega Cátulo le arroja de Italia y va á morir á Cerdeña después de intentar vanos esfuerzos para reproducir las hostilidades. Cn. Pompeyo mata á M. Bruto, que mandaba la Galia cisalpina. Proscrito Sertorio, hace temibles sus armas en la España ulterior. El cuestor Herculeyo derrota al procónsul L. Manlio y al legado M. Domicio. Expedición del procónsul P. Servilio contra la Cilicia.

LIBRO XCI.

Enviase contra Sertorio á Pompeyo, que no era más que caballero, investido con autoridad consular. Sertorio se apodera de algunas ciudades y somete considerable número á su autoridad. El procónsul Ap. Claudio consigue muchas ventajas contra los tracios. El procónsul Q. Metelo destruye á Herculeyo, legado de Sertorio, con todo su ejército.

FRAGMENTO ENCONTRADO EN UN MANUSCRITO DEL VATICANO.

«Para colmo de males, los contrebios iban á verse reducidos á todos los apuros del hambre, cuando después de numerosos é inútiles esfuerzos para rechazar de sus murallas al enemigo, consiguieron producir estragos en las obras de Sertorio, lanzando antorchas encendidas desde lo alto de las murallas. Una torre de madera, que dominaba por su altura todos los edificios de la ciudad,

fué pasto de las llamas, y se derrumbó con terrible estrépito. Pero á la noche siguiente se alzaba otra torre en el mismo paraje, bajo la vigilante mirada de Sertorio, y al amanecer el día siguiente la vieron con espanto los sitiados. Al mismo tiempo, una torre de la ciudad, su defensa más fuerte, minada en los cimientos, presentó grandes grietas, rodeándola muy pronto las llamas que encendieron los sitiadores. Temiendo que les alcanzase el incendio ó que les arrastrase la ruina de la torre, los contrebios abandonaron precipitadamente la muralla, pidiendo todos á una voz que enviasen legados para tratar de la capitulación. Su valerosa resistencia, que había irritado á los sitiadores, sirvió para que encontrasen vencedores acomodaticios. Sertorio se contentó con recibir rehenes, exigió corta cantidad de dinero y recogió todas las armas que se encontraban en la ciudad. Mandó también á los habitantes que le presentasen todos los desertores de condición libre, y les obligó á que matasen ellos mismos á todos los esclavos fugitivos, que eran muchos más. Estos fueron degollados y precipitados desde lo alto de las murallas. Sertorio había perdido mucha gente en aquel sitio, que duró cuarenta y cuatro días: dejó en Contrebia á L. Insteyo con fuerte guarnición, y él mismo llevó su ejército á las orillas del Ebro, donde mandó construir barracas para pasar el invierno cerca de la ciudad llamada Castra Elia. Había establecido su residencia en el campamento y durante el día celebraba en la ciudad asambleas de los pueblos aliados. Por orden suya todos los pueblos de la provincia habían tenido que construir armas, cada cual en proporción de sus fuerzas. Cuando las inspeccionó, mandó á los soldados que presentasen las que las marchas continuas, sitios y combates habían inutilizado, y dispuso que los centuriones les distribuyesen otras nuevas. También se proveyó de nuevas armas á la caballería, recibiendo además ropas confeccionadas de antemano y el sueldo. De todas partes se habían reunido obreros escogidos en talleres públicos donde se sabía exactamente lo que podían hacer al día. De esta manera se acopiaban con igual rapidez todas las provisiones de guerra. Gracias á los apresurados preparativos de las ciudades, ni faltaban materiales á los obreros ni obreros al trabajo. Sertorio convocó entonces los legados de todas las ciudades y pueblos: comenzó dándoles gra-

cias por haberle suministrado todo lo que necesitaba para sus peones; en seguida expuso todo lo que había hecho para proteger á los aliados y apoderarse de las ciudades enemigas, y les exhortó á continuar la guerra con constancia, haciéndoles comprender en pocas palabras la importancia del triunfo de su partido para la provincia de España; en seguida disolvió la asamblea, recomendando á todos la confianza y que regresasen á sus ciudades. Al comenzar la primavera, envió á M. Perpena con veinte mil infantes y mil quinientos caballos al territorio de los ircaones, para defender las costas de aquel país, dándole instrucciones acerca del camino que debía seguir, tanto para proteger las ciudades aliadas que pudiese sitiarse Pompeyo, como para atacar de improviso al ejército enemigo. Al mismo tiempo escribió á Herenuleyo, que se encontraba en el mismo territorio, y á L. Hirtuleyo, que mandaba en la otra provincia, para darle á conocer cómo debía hacerse la guerra, recomendándoles especialmente que protegiesen las ciudades aliadas, pero sin trabar combate con Metelo, que reunía más influencia personal y tropas más numerosas. Tampoco intentaba él marchar contra Pompeyo, que por su parte no parecía decidido á librar batalla. Si se prolongaba la guerra, el enemigo, dueño del mar y de todas las provincias que tenía á la espalda, podría recibir provisiones de todas partes por medio de sus naves, mientras que él, después de haber consumido todas las provisiones del verano anterior, se encontraría absolutamente sin recursos. Había dado á Perpena el mando de las provincias marítimas para que pudiese proteger lo que había quedado al abrigo de los ataques del enemigo y sorprenderle cuando se presentase ocasión. Por su parte, marcharía con su ejército contra los berones y antrigones. Sabía que durante el invierno, mientras sitiaba las ciudades celtibéricas, estos pueblos habían implorado frecuentemente el auxilio de Pompeyo, que habían enviado guías al ejército romano, y que sus jinetes habían hostigado muchas veces á sus soldados, cuando, durante el sitio de Contrebia, se alejaban del campamento para forrajear ó recoger provisiones de trigo, habiendo intentado también atraerse á los aravacos. Después de comenzar de este modo la guerra, decidiría contra qué enemigo y hacia qué lado llevaría primeramente las armas, vacilando aún entre marchar á la cos-

ta para rechazar á Pompeyo de la Hercaonia y de la Contestania, cuyos habitantes eran aliados suyos, ó marchar contra Metelo y la Lusitania. Ocupado en estos proyectos, Sertorio remontó el Ebro con su ejército, atravesando pacíficos campos, sin que le inquietasen ni cometer daños. Desde allí se dirigió al territorio de los burraones, de los cascantinos y de los gracuritanos, talándolo todo, destruyendo las mieses, y llegó á Calagurris Násica, ciudad aliada, cerca de la cual atravesó el río por un puente que mandó construir, acampando su ejército en aquel paraje. A la mañana siguiente envió al cuestor M. Mario al territorio de los aravacos y los cerindones para hacer levadas y recoger trigo, llevando orden de enviarlo en seguida á Contrebia, llamada por otro nombre Leucada, cuya excelente posición la permitía al salir del país de los berones, llevar su ejército hacia donde quisiese. Envió también á C. Insteyo, jefe de su caballería, á Segovia, y á los vacceenses, para que reclutase jinetes con los que iría á esperarle en Contrebia. Después de su partida, él mismo se puso en marcha, llevó su ejército al territorio de los vascones y acampó en las fronteras de los berones. Al día siguiente se adelantó con la caballería, para reconocer el camino, y siguiéndole la infantería, que marchaba en cuadro, llegó á Vareya, la ciudad más fuerte de la comarca. Aunque llegó de noche, no sorprendió á los habitantes, porque habían llamado en su socorro toda la caballería del país y la de los antrigones.»

«Este fué el primer combate que trabaron Pompeyo y Sertorio. Tito Livio dice que Pompeyo perdió diez mil hombres y todos los bagajes.»

(FRONTINO.)

LIBRO XCII.

Pompeyo combate con Sertorio, pero la victoria queda indecisa, por que por cada lado consigue un ala la ventaja. Q. Metelo derrota los dos ejércitos de Sertorio y de Perpena: Pompeyo quiere tener parte en esta vic-